

Actuaciones: cuerpo y transcripciones en transferencia

Laura Veríssimo de Posadas^{1,2}

La sesión analítica ha sido pensada, desde Freud, sobre el modelo del sueño. Esa traspolación ha rendido, sin duda, muchos frutos pero, tal vez, la aseveración de que “la llave de la motilidad permanece cerrada” se ha convertido, sin que nos demos cuenta, en un obstáculo a la recepción de lo motor como elementos discursivos. Y esto a pesar de que la clínica freudiana es rica en ejemplos que Freud trabaja finamente, ya sea la acción sintomática de Dora con el monedero, o el hombrecito de pan, entre otros. Es cierto que también con Freud aprendemos que, en ocasiones, los actos mismos determinan una salida de la escena analítica, su desmantelamiento, como ocurre en su relación con Dora. “Yo sabía que ella no regresaría. Fue un inequívoco acto de venganza... (...). De tal modo actuó (*agieren*) un fragmento esencial de recuerdos y fantasías, en lugar de reproducirlo en la cura” (6).

En “Psicopatología de la vida cotidiana” (7), verdadero tratado sobre las acciones, Freud muestra una serie de ejemplos en los que la intención consciente de realizar determinada acción es interceptada y sustituida por otra que responde a otros “designios”, “oscuros propósitos” que no estaban destinados a su admisión consciente. Freud destaca el carácter simbólico de todas esas operaciones fallidas en las que el cuerpo tiene un luchar protagónico en la expresión de “ilaciones inconscientes de pensamientos”. Distingue a esas acciones de otras “casuales”, que para irrumpir no se apoyan en una intención consciente, sino que aparecen como pura acción, “automáticas”, dice Freud. En el capítulo que a ellas dedica me ha intrigado el hecho de que luego de descartar manifiestamente que sean “casuales” para reconocerlas como

-
1. Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Martí 3235. C.P. 11300. E-mail: lverissimo@uyweh.com.uy
 2. El presente trabajo recoge y discute algunos aportes recibidos con motivo de la discusión de una versión anterior presentada en A.P.U. en 1997 y sigue la línea de reflexión iniciada en dos trabajos anteriores (12), (13). La discusión consecutiva a ambos, me ha incitado tanto a continuar la reflexión sobre el actuar como a estar más atenta a las distintas modalidades de actuación de los pacientes.

“sintomáticas” insiste, sin embargo, en seguir denominándolas “casuales o sintomáticas”. Me he preguntado si no hay matices diferenciales en los distintos ejemplos de Freud, que el autor pasa por alto a fin de cumplir con el proyecto que subyace a su trabajo: demostrar que a las operaciones motrices y sus desaciertos se les puede aplicar la misma concepción que a los olvidos y equivocaciones al hablar y que todas ellas son producto del conflicto entre deseos y defensas.

Mi propósito es recorrer un camino que, creo, Freud deja abierto: en un momento que intenta una clasificación de las “acciones casuales y sintomáticas” (7, pág. 190) distingue las que aparecen habitualmente que “casi pueden servir para caracterizar a la persona en cuestión, lindan con los múltiples movimientos de tic y merecen ser considerados en el mismo contexto que estos últimos” de otras que surgen “bajo ciertas circunstancias”. Respecto a estas últimas reconoce que tras ellas se esconde un sentido al que se le “deniega otra expresión”, algo que el sujeto “no quiere decir directamente, y las más de las veces ni sabe decir” (ídem, pág. 191).

En ambos casos estamos ante mociones pulsionales que se imponen sin pasar por la palabra y el procesamiento preconiente, pero se trata de dos registros distintos: uno, el de acciones a las que la represión les “deniega” otra vía de expresión y otro del orden de lo indecible al que algunas remitirían, que se han hecho cuerpo al modo del tic. Freud finaliza ese apartado diciendo “Las interpretaciones, de estas pequeñas acciones casuales, así como sus pruebas, se obtienen en cada caso, con seguridad creciente, a partir de las circunstancias que rodean a la sesión del tema que en ellas se trata y de las ocurrencias que advienen cuando se orienta la atención hacia esa aparente casualidad” (7, pág. 191).

El propósito de este trabajo es tratar de ver de qué están hechos los gestos, las acciones –todo aquello que compromete el aparato locomotor– a que nos enfrenta el trabajo analítico con adultos. Tomo de Assoun (1) la propuesta de tratar de entender mejor, no la esencia del acto –que dejaríamos a los filósofos–, ni la función general de la locución misma –a cargo de los lingüistas– sino el proceso de la puesta en acto y la estructuración inconsciente que subyace.

Debo a los analistas de niños de nuestro medio y a los autores franceses que han trabajado sobre el “*agir*” en la adolescencia la ampliación en la comprensión del actuar y su revalorización. Todos ellos destacan el poder convocante del acto a la respuesta del

otro. Y como “no hay acción sin reacción”, diría que este trabajo es reacción a los actos y gestos de mis pacientes.

Decía que al comparar la escena analítica con la del sueño hemos traspulado con un carácter de imperativo que “la llave de la motilidad permanece cerrada”. Tal vez eso hace que sea poco frecuente que pongamos en común cuánta presencia tiene y cuánto entran en juego –en el trabajo con los adultos– el cuerpo, los actos, los gestos y no sólo del paciente sino también del analista.³ Intercambios de saludos, miradas, a veces regalos del paciente, aceptación de nuestra parte, torpezas motoras, un suspiro, una sonrisa o una inflexión de la voz, expresar pésame o asombro, o usar el humor, son parte de lo cotidiano tanto como pueden serlo las actuaciones que clásicamente se han agrupado en “ataques al encuadre”. Más aún, me parece que bajo esta expresión derogatoria se nos puede haber ido el niño con el agua de la bañera, en muchas ocasiones.

Pensarlo de este modo supone quitarle a las actuaciones el carácter peyorativo con que tantas veces se las connota así como no considerarlas, a priori, como resistencias – como ataques al trabajo analítico– sino como expresiones de un plus a la búsqueda de ser dicho. (Algo así como un personaje a la búsqueda del autor.) Esos actos o gestos que operan sobre el cuerpo y a través del cuerpo pueden así ser recibidos como algo en procura de engarzarse en conexiones de sentido.

Esta opción teórica determina consecuencias técnicas: nos pone en una actitud de disponibilidad representacional y afectiva a dar cabida en el espacio y tiempo de sesión, tanto a lo que el paciente dice como lo que hace. Decir y hacer, pensamiento y acción no son, entonces considerados como antinómicos sino como modos de comunicación y representación que se suceden, se revelan convergen o se contradicen. Al no desdeñar las acciones y los gestos como productos indeseables en el paciente adulto, sino como emergencias de esos bordes del discurso que sólo de ese modo pueden hacerse presentes, damos lugar a que algo singular, más cercano a las marcas de cada uno, pueda encontrar tanto su despliegue y sus transformaciones (en lo imaginario) como su

3. Una excepción, en nuestro medio, es el trabajo de Marta Cárdenas de Espasandín “El acting-out, un acontecimiento de la transferencia”, quien ofrece muy buenos ejemplos de su práctica con adultos, se interroga sobre sus propias respuestas a la vez, que se pregunta por la función del analista. A raíz de la presentación en APU, antes mencionada, tomé conocimiento del libro “Acto, acting-out y discurso Infantil” de Myrta Casas de Pereda y colaboradores, donde aparece dicho trabajo y una rica elaboración por parte de las autoras, así como nuevos caminos de investigación en relación a este tema.

límite (en lo simbólico), habilitándose nuevos cercamientos de lo real. O bien, en términos freudianos, digamos que buscaríamos acercarnos a aquello del analizando que, incorporado –hecho cuerpo– impacta a la mirada del analista con la fuerza de la imagen. Si el analista puede dar sentido a esos signos se producirían inscripciones y se promoverían transcripciones que al establecer renovadas conexiones de sentido, habilitarán procesos de sustitución que encontrarán en el encuadre y la función del analista la referencia simbólica habilitadora de la aceptación de la pérdida y de lo imposible. Porque tanto enriquecimiento como renuncia son requisitos del proceso de simbolización.

Desde el comienzo es una angustia o una pregunta lo que hace al paciente venir a decirse ante el analista. Actuación primera que funda un proyecto en el que la palabra no basta, el “verbo se hace carne” es decir, transferencia.

La postura teórica que vengo sosteniendo nos lleva, también, a preguntarnos por nuestra participación en esas producciones sostenidas por la transferencia. Participación que silenciamos, tal vez por pudor, o por la tensión que suscitan esos momentos de encuentro dual con el paciente, tan necesarios como riesgosos. Digo dual porque si bien la palabra –lo triádico– como disponibilidad está presente en esos momentos se diluye a favor de complicidades narcisistas.

Nos lleva, también, a estar atentos a la fuerza de acto de nuestras propias palabras. Ya Ferenczi (5) mostraba el potencial figurativo que algunas palabras poseen. Además, según el momento transferencial o las características del paciente, las palabras son escuchadas como vehiculizando acciones: de seducción, invasión o contención, por ejemplo. Y por último, pero no menos importante, también nosotros decimos y hacemos siempre en un más o en un menos de lo que podemos darnos cuenta.

En todos mis últimos trabajos –y tal vez desde los primeros– me acosa y he estado tratando de cercar ese lugar de los actos –tanto del paciente como del analista– a la búsqueda de aproximarme a esos bordes del discurso. Digo “borde” para ubicarlo como lenguaje, aunque no palabra; porque estaría en el borde de lo representable en tanto algo busca allí representarse y convoca al otro para ello, mostrándose gracias a la tendencia del inconsciente a la exteriorización. Los he pensado como productos del lado mudo, cristalizado, oscuro, resto de toda experiencia significativa, su lado traumático, el más resistente del trabajo analítico. Los vinculo con marcas a las que no se ha podido dar

sentido, que “mueven” pero no han podido ser retranscriptas (según el modelo de la carta 52). Y donde el cuerpo se constituye en el primer operador de transcripción, pero en tanto haya otro que mire, que ofrezca representaciones y sentidos que, así, entran en circuito de simbolización. Así entiendo a Myrta C. de Pereda cuando dice que se trata del “cuerpo en busca de significación” (2).

Algo me interpela, como analista, en mi práctica cotidiana, por ese lazo fundante, estructurante, que el psicoanálisis establece entre inconsciente y relación con el otro. Ya en el modelo de la acción específica dentro-fuera, sujeto-objeto quedan relativizados y complejizados, acción y pasión en interjuego. Allí, por el desamparo, el otro entra en la escena del inconsciente “otro maternal que va a mediar, a inscribirse, en ese tiempo de tensión entre la necesidad y la acción” (1).

Es desde ese modelo que voy a trabajar del modo cómo un acto de un paciente fue usado para ser incluido en la trama transferencial.

Se trata de un paciente hombre, depresivo, en quien la dependencia y vivencias de ser rechazado y de no tener lugar aparecen, insistentemente, en primer plano. Algo desarmado en sus movimientos, al caminar, dice de las fallas del investimento materno así como de su no poder sostenerse solo. De la madre sólo recuerda palizas, control; tiene la convicción de no haber sido querido, como sí lo fueron sus hermanos y no puede recordar un sólo episodio de intercambio afectuoso con ella.

En cuatro años de trabajo con él parece ausente, de su mundo representacional, el interjuego de impulsos y prohibiciones respecto a objetos amorosos y rivales. Sus dilemas parecen contextuarse siempre en situaciones donde lo que se juega es el reconocimiento. Como si no tuviera un lugar y sólo pudiera reivindicar por ello, quejarse y provocar situaciones a través de las que sí se siente siendo alguien pero, por la negativa, “chivo expiatorio”, “salvador crucificado” dando, así, satisfacción a metas pasivas masoquistas. Todo lo activo, viril parece desde siempre jaqueado por este destino de volver hacia él transformado en descalificación o “paliza”.

En la transferencia oscila entre la queja resistente –que por momentos me fastidia– y la exigencia de ser ayudado. Tanto ha intentado pasivizarme en un sentimiento de impotencia, como me ha provocado a que le de respuestas que lo alivien de la carga que siente que lleva.

La resistencia a interpretaciones transferenciales –que en ocasiones yo misma he sentido forzadas– es radical. Soy una analista, lo que en él equivale a un ser abstracto, sin sexo. No quiere –ni puede– pensarme como persona y menos como mujer. Reiteradamente tengo la impresión de que lo que hemos trabajado juntos se pierde, no hace marca, no hace trama.

Sin embargo tras todo eso y su aparente pobreza libidinal algo se venía gestando y me sorprende. Al terminar la última sesión de la semana (quinto año de análisis) el paciente se acerca a mi escritorio, mete la cabeza en un ramito de jazmines, huele, me mira, se ríe. Al comienzo de la sesión siguiente vuelve a reírse ante su ocurrencia de que en mi casa “a todos se les obliga a rasquetear o a rasquetearse” (ha visto una persona trabajando en una puerta). Al señalarle que se ríe como la sesión anterior cuando olió las flores, hago entrar en escena el gesto que él querría reivindicar como casual o inmotivado. Algo de mi contratransferencia (tal vez mi deseo de un analizando-hijo-activo-viril) me llevan a no dejar pasar la oportunidad y a hacerla producir. A su vez, la risa, como hilo conductor, me da pie para ello.

“Este... se me ocurre...como que sos casi humana... que sos capaz de poner una flor encima del escritorio, que son cosas que aterrizan...”

Interpreto dándole un sentido sexual al *acting*, enganchándolo con impulsos hacia mí, con lo que, a la vez, desarticulo sus intentos de control habituales que le llevan a pensarme como “alguien”, impersonal, abstracto, sin sexo. La interpretación opera como disparadora de una sucesión de producciones: Recuerda un sueño que consideraba olvidado: “Soñé que empezaba a pintar un cuadro. Yo le pedía una cartulina a alguien, alguien me ofrecía ‘toma de las mías’. Y me daba una hoja grande de color verde. Me pregunta ‘¿Querés otra?’ ‘Sí’ Y las engomé de modo que queda una superficie grande para pintar. Y recuerdo que me froté las manos...como qué rico, como aprontarse...”

Tanto el sueño como sus palabras tan especialmente impregnadas (rasquetear, engomar, frotar, aprontarse) traen a primer plano el cuerpo erógeno y sus fantasías de las que había intentado huir merced al olvido, por acción de la represión.

A los efectos de lo que aquí me interesa, la importancia de esta sesión radica en lo que, *après-coup*, nos permite ¿inferir?, ¿construir? de la anterior, de esa secuencia de

gestos de Jerónimo, que parecen haber oficiado como resto diurno del sueño que, después de la interpretación, podrá recordar.

Esa aparición fugaz del acto la pienso, ahora, como un momento en que, en la trama transferencial algo inesperado irrumpe: secuencia de movimientos que ponen en juego al cuerpo y sus órganos sensoriales (olfato, mirada) y en el que sin la mediación de la palabra, en un intercambio cié miradas, el paciente ausculta en la analista una respuesta, un sentido a su acción. Momento dual en que algo originario se reedita y en que su acto provoca un mío: la participación de un elemento gestual de mi parte pude pensarla mucho después. A raíz de la presentación de un trabajo de Laks-Eizirik, en APU (10), recordé, de pronto (¿o pude decírmelo?), que yo había sonreído cuando nuestras miradas se encontraron.

Coreo-grafía (8) a través de la cual se operarían desbloques y nuevas transcripciones: de aquel cuerpo mal articulado, que impactaba mi mirada con su andar desarmado, a este cuerpo en acción que provoca mi mirada cómplice y mi sonrisa con las que algo le digo, sin saberlo en el momento y sin palabras, de su cuerpo y sus impulsos eróticos.

Su actuación tiene lugar al terminar la última sesión de la semana. A la vez que muestra algo de sí parece querer sustraerlo del trabajo de análisis, con lo que yo podría haber quedado seducida y castrada en mi deseo de analizar. Al señalarle, en la sesión siguiente, su risa y ligarla con la anterior hago entrar en escena y en proceso no solo su *acting* sino también el mío. Pero sobre todo lo llevo allí de donde él quiere sustraerse como sujeto del Inconciente. Porque respecto a sus síntomas (de los que se queja), a sus recuerdos (reconocidos como propios), a sus sueños el analizando se reconoce implicado y pide saber de ellos. Lo que caracteriza al *acting*, por el contrario, es que allí el sujeto no sólo no sabe lo que dice, ni siquiera sabe que con eso está diciendo algo, “el *acting-out* habla pero lo hace tan bien en impersonal que el sujeto desconoce habitualmente que eso tenga sentido” (11, pág. 98). Es ese lugar del sujeto lo que hace que esta producción del inconciente no pueda considerarse equivalente a aquellas.

En este caso el *acting* parece constituir el acto inaugural que las posibilita. Tal vez necesitó decirse de ese modo –provocador de respuesta– para que el circuito de repetición mortífera dejara paso al circuito de la repetición libidinal, restaurando el principio del placer, la productividad de las formaciones de compromiso y el cambio en

la posición subjetiva, ya que en ellas sí se reconoce. Cambio que es resultado de todo un proceso: la mirada y la sonrisa cómplices como respuestas que me “roba” y la interpretación que sólo podrá venir *après-coup*. Coincidimos con Colette Soler en que “el *acting* es interpretable pero no se debe interpretar porque su interpretación no es recibida por el analizante. Sin embargo el analista tiene que responderle porque mientras el analizante está *en acting-out*, no está en posición analizante” (11, pág. 99).

Durante la sesión, cuyo epílogo es el *acting*, el paciente ha hablado de sueños que no recuerda, de los que solo puede decir que trataban de robos ¿Olvido de sueños por acción de la represión o “sueño indisponible” en el sentido de Winnicott? (14). “Cuando los sueños se han vuelto indisponibles se puede sentir la necesidad de recapturarlos actuando impulsivamente” Según Laurent, citado por Gaugain (9) Winnicott introduce ese término para distanciarse de la relación olvido-represión y dar cuenta, así, de un material de otro orden. Lo interesante es que Winnicott relaciona esos sueños “indisponibles” con actos impulsivos. Desde mi punto de vista la posibilidad del paciente de retener, al menos, la idea de “robo” sugiere un proceso en curso, un trámite que pide ser llevado a su conclusión cabal. Ese es el sentido fuerte de la partícula “*out*” en la expresión inglesa “*to act out*”. Desde esta perspectiva su *acting* sería el modo de “*to act out*”, de llevar a su total exteriorización, aquello de lo que, en el momento, no dispone, “ni sabe decir” porque está “*out*”, fuera de la esfera de sus recuerdos, “fuera de la esfera de lo que se dice” (11, pág. 95). Pero que puede “entrar en conversación” interpretación mediante a diferencia de aquello que, encarnado en su “andar desarmado” no es interpretable no entra en conversación, lo que no impide que haya sido afectado, modificado, por los años de trabajo analítico.

D. Chauvelot (4) considera que el *acting-out*, en el análisis está atado del mismo nudo que la transferencia, de la que no es más que un aspecto. Sigue a Lacan en la propuesta de que la transferencia sin análisis –por ausencia o desfallecimiento del analista– da lugar al *acting-out* que así “festonea el borde de la situación analítica” (ídem, pág. 111). Añade que no es un síntoma del analizando o del analista sino un signo de la conducción de la cura y que, significando lo que allí ocurre, “dice la verdad”. En nuestro caso se trata de una mostración dirigida al analista, un juego, una puesta en escena de mociones pulsionales que no han podido circular en la esfera de los recuerdos y las palabras y necesitan tomar el camino del *agieren*: la elaboración preconiente vinculada al conflicto entre sus deseos de acercamiento a la mujer y la

prohibición –en tanto implican “robar” la mujer del padre– parece sortearse. Es, justamente, esta ausencia de procesamiento preconciente y el enajenamiento del sujeto con respecto a su acto lo que caracteriza esta producción del inconciente. Esas características han llevado a algunos autores a cuestionar los mecanismos de defensa en juego. Entiendo que no se refieren a los mecanismos de defensa que sostienen la estructura psicopatológica del paciente, sino a los que se ponen en juego en el proceso de la puesta en acto y que hacen a la peculiaridad de este producto.

Gaugain (9), a cuya exhaustiva revisión remito, sostiene que para la mayoría de los autores el *acting* no está ligado a la represión sino que se vincula con un agujero en la cadena significante, lo “sustraído” de Lacan, lo “indisponible” de Winnicott. Chauvelot (4), por su parte, señala que se trata de otra escena que la del sueño, o la de lo dicho en el terreno de la transferencia, porque el discurso ha devenido otro y es, justamente ese cambio, lo que produce el pasaje de la transferencia al *acting*. No se trataría, entonces, de producciones que podamos pensar con el modelo de la represión. Serían otros los mecanismos en juego, según esta autora, un “inaprensible” lugar entre la *Verwerfung* (repudio) y la *Verneinung* (negación). Para Chauvelot “un elemento simbólico rechazado a nivel del lenguaje aparece transitoriamente en lo real en forma de comportamiento inquietante, escénico”. Luego de cumplido ese rol transitorio deja la escena de lo real “donde ha trepado por necesidad” (por la sordera del analista) y se reintegra a su campo propio, el de lo simbólico. Es ese retorno lo que habrá de promover el analista recuperando su rol de interpretante.

Jerónimo, entonces, ¿habrá estado diciéndome de sus deseos y yo no he podido escucharlo? ¿Lo he desconocido pasivizándolo rechazantemente igual que la madre? Si es así, sería, en respuesta a ese desfallecimiento del analista en su posición de interpretante que el paciente necesita poner en acto lo que ya no puede decir. En relación al “*fading*” del analista Chauvelot sostiene que da cuenta de que “al deslizarse de tiempo en tiempo de su sillón, el analista testimonia que es, él también, efecto de lenguaje”. Y concluye diciendo: “Que la frontera del campo analítico esté festoneada de mostraciones a interpretar, que lo real venga, ni prohibido, ni obligado a hacer marca sobre el sentido, deja al analista la libertad de no ser un robot de escucha, y al analizando la (libertad) de, de tiempo en tiempo, inaugurar” (4, pág. 125/6).

Ese momento de confrontación imaginaria y luego su interpretación llevan al paciente a “pivotar” a otra escena, la del deseo y la prohibición; el cuerpo erógeno

puede hacerse sueño y relato. Sitúo entre ambos momentos el valor de esa secuencia, se necesitan recíprocamente en su triple interjuego entre lo real, lo imaginario y lo simbólico: la actuación como “un real transitorio, un real de teatro” (4, pág. 119), articulado con lo simbólico –en tanto los gestos están codificados en cada cultura– necesita del encuentro especular. Pero éste, con su riesgo de captura que podría prolongarlo hasta el infinito, necesitará su límite en la misma palabra que lo nombra, palabra que no es mera nominación sino función de mediación, relato, fuerza que relanza, donde los objetos sustitutos (la sonrisa, por ejemplo) son respuestas metonímicas que impulsan nuevos movimientos y aperturas. Por qué si vengo aquí a saber de mí quiero saber de ti?” se preguntará el paciente en otro momento, apertura que señala la falta, haciéndose pregunta.

Se producen nuevas ligazones, nuevas articulaciones entre lo real, lo simbólico y lo imaginario: de la mirada rechazante de la madre, siempre paranoidamente recordada, a la aquiescencia –que tal vez leyó en mi mirada (“le pedía a alguien” y “alguien me decía: toma de las mías”). Ahora puede poner sus deseos en escena onírica y transferencial, porque lo simbólico hace marca. Subjetivación del deseo hecha posible por su anclaje en la “realización del deseo” de reconocimiento, investimento narcisista necesario a la reinstauración de la capacidad fantasmática.

Considero que es la puesta en acto de la transferencia por parte del analista –sus deseos sexuales inconcientes– lo que hace de esos momentos en que algo ocurre, de forma azarosa en gran medida, un hito significativo, deseable en todo análisis.

Cuánto de los efectos –siempre inciertos– debemos a estos hitos y cuánto al engorroso proceso de su entramado, es algo también incierto. Lo que sí es seguro es que sólo a través de ambos algo nuevo podrá producirse.

Resumen

El trabajo destaca el lugar otorgado a las acciones en la enseñanza freudiana. Se propone que la comparación de la escena analítica con la del sueño habría operado como obstáculo a la recepción de lo motor como elementos discursivos en el trabajo con adultos.

Se retoma la distinción entre acciones a las que subyace un sentido oculto cuya expresión la represión deniega, de otras vinculadas a marcas hechas cuerpo que no han accedido al registro de la fantasía y lo decible.

Se las considera en ambos casos como mociones que se imponen sin pasar por el procesamiento preconciente, destacándose el valor de comunicación de algo que no puede ser dicho más que de ese modo.

A través de ellos se busca desentrañar el proceso de la puesta en acto y los mecanismos en juego.

Una breve viñeta ilustra el modo como un acto del paciente es tomado para ser incluido en la trama transferencial, revelando el análisis del material, la participación del analista en estas producciones.

Summary

This paper underlines the importance of acts in Freud's teachings. It sustains that the comparison of the analytic scene with that of the dream would operate, in adult treatment, as an obstacle to the reception of the motor activity and gestures as discursive elements.

It also engages into the difference between actions with an underlying hidden sense, whose expression is stifled by repression from other actions referred to marks that have not reached the level of fantasy and of what is speakable. In both cases they are considered as motions that appeared without passing through preconscious process, underlining the communication as value of something that cannot be said otherwise. The purpose of this paper is to unravel the process at stake in the enactment and its defense mechanisms.

A brief vignette illustrates the way in which a patient act is included in transference experience, showing the analyst's participation in these productions.

**Descriptores: ACTO / ACTUACIÓN / CUERPO / INTERPRETACIÓN /
MATERIAL CLÍNICO**

Bibliografía

- (1) ASSOUM, P.L: "De l'acte chez Freud" Nouvelle Revue de Psychanalyse. N° 31, 1985.
- (2) CASAS DE PEREDA, Myrta: Confrontaciones. Acerca del gesto y la palabra. RUP N° 65, 1987.
- (3) CASAS DE PEREDA, Myrta (coordinadora), Martha Cárdenas de Espasandín, Cristina López de Cayaffa, Ma. Cristina Martínez de Bagattini, Aída Miraldi, Clara Uriarte de Pantazoglu: Acto, acting-out y discurso infantil. EPPAL, Montevideo, Uruguay, 1992.
- (4) CHAUVELOT, D: "L'acting-out, réalisation d'une reponse, production de l'inconscient". En lettres de l'école. N° 19.
- (5) FERENCZI, S: "Les mots obscènes". En Œuvres Completes, vol 1 Paris, Payot, 1990-1994.
- (6) FREUD, S: Fragmento de análisis de un caso de histeria. Dora. A.E. Tomo VII.
- (7) FREUD, S: Psicopatología de la vida cotidiana. A.E. Tomo VI.
- (8) GARCÍA, J: "Coreografía. Inscripciones arcaicas". IX Jornadas de Psicoanálisis de APU.
- (9) GAUGAIN, M: "El acting-out, el pasaje al acto y la transferencia analítica". En Los límites de la transferencia. Nueva Visión. Buenos Aires.
- (10) LAOS-EIZIRIK. C: "Entre la escucha y la interpretación, un estudio evolutivo de la neutralidad psicoanalítica". Presentado en APU en junio 1995.
- (11) SOLER, C: Finales de análisis. Ed. Manantial.
- (12) VERÍSSIMO DE POSADAS, L: La emergencia de la interpretación en la situación analítica. Inédito.
- (13) VERÍSSIMO DE POSADAS, L: La temporalidad en la práctica analítica. IX Jornadas de Psicoanálisis de APU.
- (14). WINNICOTT, D: Clínica psicoanalítica infantil. Buenos Aires. Hormé, 1980.